

á las recetas caseras para imitar con un asado de conejo un asado de gallina, ó para hacer un *trufado sin trufas*.

No quisiera pasar plaza de sanguinaria, bien lo sabe Dios; no quisiera—y menos llevando faldas—que se me acusase de tener un corazón de perro, insensible al dolor, ó un espíritu como el de las damas romanas, que se gozaban en la carnicería; pero creo que cada cosa requiere sus requisitos, y que convertir las corridas de toros (las cuales me atrevería á sostener que no son tan bárbaras ni tan cruentas como en general se asegura) en lidia incruenta, es quitar á ese espectáculo su esencia misma. Si las corridas de toros repugnan al sentido humanitario del pueblo francés, que las prohíba en absoluto; yo acaso las prohibiría aquí, si tuviese fuerzas para hacerlo; consentir un pálido remedo, es peor mil veces.—¿Cómo serán esas corridas? Sospecho que los nacidos aquende el Pirineo se reirán mucho con ellas. Pareceránse á la saladísima función que describe con tanto chiste Franquelo. Nuestros vecinos

«pensaron que era jaser  
un tarrillo de pomá.»

Para dar la señal de la lidia, en vez de los toques de clarín, salieron rascando violines; para trastear al bicho se pusieron guantes y al fin y al cabo, después de muchos descalabros é intentos inútiles, allí se quedó sano y salvo el toro... “que ya tiene un torá,” añade el autor de la graciosa letrilla.

¿Y el público francés? ¿Qué dirá de nosotros al asistir á nuestra fiesta nacional? ¿Nos pondrá, según costumbre, como chupa de dómine? ¿Tendremos que taparnos los oídos, ó fingir diestramente que no entendemos una palabra de lo que alrededor nuestro se murmure? ¿Les dará por entusiasmarse y por exclamar: ¡*Salerro!* según les decían á las bailadoras y cantoras flamencas en el Eldorado, hará tres años, cuando ellas ejecutaban su quiebro característico?

### CARTA III

#### EN BURDEOS.—¡DICHOSO CRIMEN! RECUERDO A BARCELONA

*Burdeos, Mayo 2.*

**P**OR cortar la monotonía de un viaje que he realizado directamente tantas veces; por saborear el aire balsámico de estos viñedos, donde la alegre primavera ríe y desabrocha en follaje; por descansar de mis fatigas y saludar á un buen amigo hispanófilo que ha tenido la bondad de hablar mucho de mí en la prensa francesa, decidí pasar unas horas en Burdeos antes de seguir hacia París con objeto de asistir á la apertura del gran Certámen.

Es Burdeos inmensa capital de provincia, demasiado vasta para la gente que la habita y

que no consigue llenarla, según observó oportunamente Teófilo Gautier, á quien debemos una descripción admirable de la ciudad bordelesa. Ferviente devota del "estilista impecable," nunca paso por Burdeos sin acordarme de cómo pintó Gautier las momias de la iglesia de San Miguel.

Diré algo de esta fúnebre curiosidad.

Parece que no lejos de la torre de San Miguel existía un cementerio, cuya tierra poseía la virtud de momificar los cadáveres que en él se enterraban. Al hacer excavaciones y descubrir cuerpos casi intactos, los recogieron en la cripta de la torre, adosándolos contra la pared; y mediante la propineja indispensable del franco, cualquiera puede regalarse con espectáculo tan macabro y feo. Al ver por primera vez aquella procesión de muertos en horribles ó grotescas posturas, como yo era muy joven, soñé toda la noche con semejantes visiones del otro mundo, y por poco enfermo. Ahora podría visitar las momias, sin que esta noche diese vueltas en la blanda cama del hotel (las camas francesas, entre paréntesis, son las mejores del mundo). Pero prefiero contemplar la hermosa embocadura del río en los Quinconces; prefiero gozar el despejo del cielo meridional, el bullir de las gentes en el puerto, y, sobre todo, la indefinible sensación, mitad placentera y mitad *saudosa*, del que se encuentra lejos de la patria, sabiendo que puede volver á ella cuando guste; más aún: que volverá en breve plazo.

\*  
\*  
\*

En verdad, no me pesa haber dejado á Madrid. Queda la capital de España más entregada que nunca á la pasión que la domina desde hará diez meses: la manía jurídico-policíaco-criminalista, infundida por el deseo de hallar la solución de un enigma que lleva trazas de no ser nunca descifrado. ¿Quién cometió el asesinato de la calle de Fuencarral? Al pronto, si nos lo preguntase un extranjero, responderíamos que el célebre *crimen* es la cosa más vulgar del mundo, la menos digna de fijar la atención, no ya de las personas ilustradas, pero ni siquiera de la muchedumbre.

Que una señora rica, que vive sola, cometa la imprudencia de traer dinero á casa y de admitir á una criada de antecedentes sospechosos; que esta criada la despoje y la asesine, y luego quemé con petróleo el cadáver para ocultar las huellas del atentado, es suceso, aunque terrible, tan trivial de suyo, que al parecer no vale sino para ocupar dos días á las comadres del barrio y veinticuatro horas á los noticieros de la prensa. Sin embargo, de este crimen hace casi un año que se habla en la calle, en los salones, en los diarios, en las Cortes, en el Consejo de Ministros: luego hay en él *algo* mucho más grave que los hechos aparentes; *algo* tan grave, tan serio, tan trascendental, que si el rumor público lo indica y la maledicencia lo subraya, la razón lo repugna y lo condena la verosimilitud.

Obsérvese la fatídica escala que la opinión—*regina del mundo*—ha elevado con peldaños

de honras y respetabilidades, desde la mujer de mal vivir amancebada con el *Cojo*, hasta importantes hombres políticos y poderosos de la tierra. Una criada asesina y roba á una señora; hasta aquí no salimos del crimen callejero y plebeyo. Pero esta señora tenía un hijo de canallescós instintos, de estragadas costumbres, de propensiones feroces, siempre mezclado y confundido con la hez del populacho y entregado á escandalosas *juergas*: hijo que, á pesar de ser presunto heredero de una renta de cinco mil duros y descubrir ciertas bastardas ínfulas aristocráticas, que le ganaron el apodo de *el marquesito*, había caído en la abyección de encontrarse procesado y sentenciado por el robo de una capa. El día en que fue apuñaleada la madre, el hijo extinguía condena por semejante delito en la Cárcel Modelo: no obstante, desde el primer momento la voz popular, prescindiendo de la criada, ó juzgándola cómplice tan solo, acusó al hijo del horrendo crimen.

Primer peldaño: de la sirviente al marquesito.—El cual, según dejo indicado, extinguía su condena en la prisión celular. — La coartada estaba probada, pues Varela no podía encontrarse á un tiempo mismo en el establecimiento penitenciario y en la alcoba inundada de sangre de su madre. ¿Qué importa? gritó la *vox populi*: de la Cárcel Modelo se sale: con recomendaciones, con dinero, con destreza, con influencias poderosas, se sale, sí, y ninguna coartada más hábil para un asesino que la

*coartada oficial*, de que tienen que ser cómplices y encubridores los funcionarios del Estado, que en inocentar al preso libran su pan y su honor. Segundo peldaño: de *el marquesito* perdelario á un empleado de bastante categoría: el director de la Cárcel Modelo, acusado de facilitar las escapatorias del supuesto parricida, y de intervenir en el sumario con propósitos encubridores.

Mas para que un funcionario se arriesgue á jugar así su destino y hasta su seguridad personal, preciso es — siguió discurrendo la excitada opinión pública, y siguió repitiendo gran parte de la prensa — que le ampare alguna influencia de primer orden; que se crea sostenido por alguien. Ya sobre la pista de este recelo, los más leves indicios, los más sutiles cabos, sirvieron para embrollar doblemente la madeja.

¿Se comprende ahora el extraño interés, la marejada indecible que levanta desde hace diez meses esta causa célebre entre las causas todas? No es el manoseado delito de una sirviente, combinado entre presidiarios; es una serie de incidentes oscuros, raros, anómalos; y en el modo de interpretarlos, más raro y estafalario que ellos mismos, se revela la poca confianza que inspiran al pueblo español sus instituciones seculares, la que ya todo el mundo llama *justicia histórica*, la organización de los establecimientos penales, y el sistema político á cuyo amparo supone que tamaños abusos pueden ocurrir... Por eso la opinión ha llegado á

interesarse en este asunto del *crimen* como no se interesa por cosa alguna. La prensa se ha dividido en dos bandos, llamados de *insensatos* y *sensatos*; los primeros se han declarado parte en el proceso, estableciendo la *acción popular*, porque los *insensatos* afirman las salidas de Varela de la cárcel, y su culpabilidad, y la complicidad del director, y ven en la muerte de doña Luciana Borcino un parricidio nefando, fundándose en que quien hace tiempo abofeteó, hirió, maltrató y probó á abrasar con petróleo á su madre, y le deseó la muerte en voz alta, no se habrá descuidado en rematarla cuando tuvo favorable ocasión.

Los sensatos opinan que la única culpable es la criada, con auxilio de alguna gente de mal vivir. Y entre las dudas de unos, las desorientaciones de otros, las declaraciones de cientos de testigos (entre los cuales figura desde el asqueroso rufián hasta la aristocrática dama), las hipótesis cada día diferentes y las caprichosas y variadas versiones que da la ya célebre Higinia, de tal manera está enredado el ovillejo, que me parece muy difícil para el Tribunal emitir un fallo que no descontente y haga murmurar á media España.

¿Qué cuál es mi opinión privada en este asunto intrincadísimo? Ninguna como juez, ninguna como polizonte; á bien que no soy ni lo uno ni lo otro. Como novelista, sin declararme *insensata* ni *sensata*, veo en el carácter y costumbres del hijo de la víctima algo que le ennegrece y acusa.

Quien abofetea á su madre hasta arrancarla los dientes; quien esgrime contra ella la navaja y sepulta el hierro en las entrañas donde fue concebido, podrá (mediante el absurdo de las circunstancias fortuitas) no haber sido parricida material: moralmente lo es; inspira el horror consecuente al más nefando de los crímenes, á aquel que las leyes de Moisés y Solón no castigan, porque no admiten ni que pueda existir; á aquel que más ultraja las sacras leyes de la naturaleza. Pero repito que si esto pienso como *novelista*, como magistrado sólo pensaría que el crimen ha de estar más claro que la luz del sol para que la justicia humana pueda castigarlo sin recelo.

\*\*\*

¡Y ahora caigo! Yo que me felicito de haber dejado á Madrid por no oír hablar del famoso crimen y su juicio oral (único asunto de las discusiones en círculos y cafés, sin que pueda eclipsarle el Congreso católico); yo que respiro ávidamente la brisa que sube de las márgenes del Garona, sólo por verme libre de preguntas (da la casualidad de que todas las personas cuyos nombres figuran en esta notable causa, menos Higinia, son gallegas como yo), estoy hace media hora tratando también del resobado y antipático *crimen*, lo mismo que si no solicitase mi atención otro asunto universal, alegre, civilizador: la Exposición que va á abrirse y que ya nos llama.

\*\*\*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Si este acontecimiento europeo pudiese despertarme reminiscencias de la patria, serían, por natural concatenación de ideas, las de la Exposición de Barcelona, que se abrió pronto hará un año. Por esta misma época, hará once meses y algunos días, tomaba billete para asistir á la inauguración del certamen barcinonense, que en su terreno y bien considerado todo, no tuvo que envidiar á ninguno de los magnos certámenes europeos, por lo cual los españoles debemos profunda gratitud á la nobilísima, valerosa y excelsa región catalana, que hace del trabajo un lábaro, de la industria un poema y de la civilización una realidad.

¡Oh Cataluña! ¡Oh artística y grandiosa Barcelona! Desde tierra extraña os saludo con más amor, con más entusiasmo aún que lo haría desde el suelo de la patria. Fui á la Exposición barcelonesa, no para enterar al público de las magnificencias del certamen, sino por mi gusto y resuelta á no cojer la pluma. Las crónicas de la romería vaticana, que tantos lectores obtuvieron al ver la luz en el *Imparcial*; aquellas crónicas escritas en el rincón de una estación de ferrocarril, en la mesa de una fonda, en el salón público de un hotel, entre el bullicio de las conversaciones y los acordes del piano; unas veces con frío, otras con sueño, otras con apetito de despachar el almuerzo ó de salir á beber la taza de café turco; otras en un estado de cansancio moral mayor aún que el material, porque era la fatiga abrumadora de la admiración y el vértigo del asombro, producido por

las maravillas del Vaticano ó los esplendores de Florencia; aquellas crónicas, repito, en que unas veces aleteaba el inmaterial misticismo y otras se quejaba el organismo fatigado y rendido á tantas molestias, me habían dejado con deseo de un viaje de pereza y descuido, en que fuese enteramente dueña de mis acciones y de mis impresiones, y las guardase y archivase con exclusivismo egoísta, sin que me las estropease el deber de narrarlas.

Así es que mi visita á la Exposición de Barcelona me dejó gratisimo recuerdo.

El tiempo era radiante, primaveral, no excesivamente caluroso; pero todos los efluvios y aromas del despertar de la naturaleza vivificaban el ambiente, y puede decirse que en él bullian átomos de luz y de olor de flores entretejidos. El cielo de Cataluña es turquí, de ese matiz que llaman los portugueses *azul ferrete*: ninguna nube altera su pureza, y las olas del Mediterráneo que bañan sus costas, copian en su superficie de líquido zafiro tan divino color. El paisaje, parecidísimo al de Italia, de la Italia del Norte; la retama ó *ginesta* deja caer sobre la tierra el diluvio de sus pétalos de oro, de embriagador aroma; el gran pino quitasol dibuja sobre el límpido firmamento su majestuosa silueta; por poco más, creeríamos que, en vez de hallarnos en la campiña del Llobregat, estamos en Recanati, en la patria de Leopardi, á poca distancia de Ancona, y que esa *ginesta* es la misma que el egregio poeta cantó.

De Barcelona, lo que me cautivó más fueron

aquellas cercanías, que—ojalá se convenzan de ello los aficionados á viajar—superan á las de Florencia, de Milán, de París, porque reúnen la exuberancia de la naturaleza meridional al ornato que presta la mano del hombre, sembrando aquí y allí quintas, *torres*, palacios, casitas, *cottages*, hoteles, merenderos, kioscos y hosterías. Para que nada falte á tan bello cuadro, la tradición y el recuerdo ofrecen ya una abadía, ya una iglesia gótica; al modo que, en salón alhajado suntuosamente al gusto moderno, luce una pieza de plata repujada antigua ó un rico bargueño. Así, en las inmediaciones de la ciudad condal, la poética abadía de Pedralves. El que quiera soñar, reconstruir la Edad Media de Cataluña y Aragón con todo su prestigio histórico, religioso, artístico y guerrero, váyase al pie de aquel edificio ojival, misteriosamente triste, á la hora en que la luz de la luna alumbra las molduras de sus ventanas y el calado hueco de sus rosetones. Después, si la ingenuidad de la leyenda y del pasado le enamora, entre en cualquiera de aquellas hosterías que rodean el monasterio, y pida que le sirvan el plato clásico *mató de monxa*, que tiene la forma y la suave oscilación de un seno de mujer.

¿Pues qué diré de la ascensión á Vallvidrera, con su grandioso panorama de montañas y la alpestre diafanidad de sus azulados horizontes? ¿Qué del delicioso paseo á Arenys de Mar, cuyo recuerdo es para mí inseparable de un fortísimo perfume de azucenas, pues los jardín-

citos de las humildes casas pescadoras llenos están de ellas? ¿Qué del camino de Villanueva y Geltrú, el más pintoresco del mundo, salpicado de túneles y acariciado á cada momento por las azules olas, pues el ferrocarril serpentea por la costa, y á veces los railes tocan la arena de la playa ó la cresta del peñasco? ¿Qué de la mágica perspectiva de Monserrate, palacio de hadas salido de las entrañas de la tierra, y cuya rara arquitectura no es inferior, como curiosidad, á la célebre gruta de Fingal y á otros milagros de la naturaleza que tanto encarecen los viajeros?

\*  
\*  
\*

Y Barcelona misma. Esta ciudad es la más hermosa de España, y sin duda el día que consiga extenderse del Llobregat al Besós, podrá competir con las mejores de Europa y América. ¿En cuál otra ciudad de mi patria podía celebrarse una Exposición Universal? Seamos francos: calle Madrid: ríndase Bilbao: en ninguna. Ella es la única donde el espíritu comercial y cierto cosmopolitismo hicieron posible esta solemnidad moderna. Con mucha razón afirma uno de nuestros más discretos escritores, José Ixart, que ha consagrado al certamen barcelonés muy lindos estudios. “Mientras nuestras viejas capitales de provincia—dice Ixart—están vueltas de espaldas al mundo, mirando á la corte, Barcelona se vuelve al Pirineo, y por encima de él atisba á Europa. Casi todos los pro-

gresos materiales que ésta nos trajo, entraron en España por aquí. Francia, particularmente, ejerce directo influjo en nuestra ciudad, y los barceloneses se hallan quizá en mayor contacto con ella que con el resto de la Península, gracias á sus frecuentes viajes y á su activa correspondencia. ¡Esa España, la clásica España que imaginan aún hoy algunos, ya austera y altiva, hidalga y devota como el viejo castellano, ya chispeante y alegre, con su falda de colorines y la repiqueada pandereta en alto como una *flamenca*, es casi ajena á nosotros! Cuando llega el extranjero, se asombra de encontrarse en una ciudad que le recuerda todavía el último departamento francés; cuando el barcelonés se corre hacia el Mediodía, advierte que la verdadera España está fuera de su casa; á la puerta, sí, pero fuera. Sólo al pasar el Ebro comprendí lo que era realmente la nación española, y sólo al llegar á Madrid convencíme de que aquélla era su verdadera capital, la vieja corte de la España de los libros. Barcelona, que dejaba á mi espalda, apareció en mi recuerdo como algo distinto, algo continental y no peninsular, con sus negras chimeneas de suburbio inglés, con sus *restaurants* y sus librerías de bulevar parisiense; con sus jarcias y velas sobre un mar de puerto italiano. ¡En este marco, sólo en éste, encuadra una exposición cosmopolita, que parecería desentonada y sobrepuesta mancha en cualquier otro paisaje típico de nuestra nación!"

\*  
\* \*

He citado este fragmento del libro de Ixart, *El año pasado* (que me traje como viático durante el camino), porque él condensa perfectamente los recuerdos de la Exposición de Barcelona, que hoy acuden á mi memoria en tropel. Es muy cierto: sólo Barcelona pudo en España realizar esfuerzo tan colosal, poniéndonos con él á la altura de las primeras naciones europeas: y ese mar de puerto italiano de que habla Pepe Ixart, ese mar arrullador, mar de sirenas, ha prestado á la Exposición universal española un realce de magnificencia que tiene que faltar en la francesa, por muy superior que en otros terrenos se presente.

¿Quién puede olvidar aquella grandiosa solemnidad de las escuadras extranjeras que fue como la apoteosis del certamen; aquellos soberbios navíos de todas las naciones civilizadas, envueltos, como los santos en rompimientos de gloria, en la aureola de humo de sus estruendosos cañonazos, empavesados y adornados como novia el día de sus desposorios, con millares de gallardetes y flámulas, con la tripulación posada en las vergas, á modo de bandada de aves de fantástico plumaje? El azul espléndido del firmamento, reflejado en la superficie del mar, que brillaba como empavonada placa metálica; el regocijo de la engalanada multitud que cubría la extensa línea de los muelles y se tendía y desparramaba hasta trepar por la majestuosa falda del Monjuich; el sublime tronar del cañón, ruido cuya fuerza estética sólo comprenden los que le oyeron re-

tumbar en días de batalla ó en horas solemnes para un pueblo; los hurras con que la marinearía saludaba el paso de la Reina... todo formaba un conjunto tan grandioso y de tan teatral pompa, que la Exposición francesa, con su inmensa balumba de construcciones, pabellones y palacios; con haber renovado la leyenda oriental de la torre de Babel, no ofrecerá espectáculo semejante. El fue á un tiempo mismo coronación de Barcelona como emperatriz de la cultura moderna en España, y tributo de cordialidad y simpatía ofrecido á nuestra patria por las naciones extranjeras. El sonoro estampido de los cañones italianos, rusos, austriacos, alemanes, parecía decir á España: "Ya ha pasado para tí la época de las luchas fraticidas, del motin diario y de la convulsión estéril y perpetua. Entrás en la vía del trabajo y de la sana actividad. Animo, España, acuérdate de lo que fuiste, y prepárate á redorar los castillos, los leones y las barras de tu viejo escudo." Lo confieso: en aquellos instantes (á pesar de mi afición á las cosas del pasado, á la España clásica, con todo su atraso y toda su herrumbre de fiebre é ignorancia) sentí una alegría misteriosa. Nada escribí sobre el certamen español, porque, lo repito, iba como perezosa viajera; pero hoy, que ya faltan pocas horas para la apertura de la Exposición francesa, séame lícito consagrar un *memento* á Barcelona y ufanarme con esta gloria de la patria, no suficientemente ensalzada, á mi ver, si se considera bien lo que significa.

## CARTA IV

PARÍS NECESITA REY.—TRIUNFO  
DEL PUEBLO*Paris, Mayo 7.*

DESPUÉS de haber dormido de un tirón catorce horas y consagrado pocas menos al aseo, empiezo á reponerme de la fatiga física y moral de la apertura de la Exposición. No he querido perder ripio de la fiesta oficial, de las iluminaciones, del incomparable espectáculo ofrecido, no solamente á una vasta capital, pero al mundo entero; empenéme en agotar las distracciones del 5 y 6 de Mayo, y he aquí por qué el 7 estoy rendida.

Para empezar por el principio, digo que llegué á París en la madrugada del 4, en un tren atestado de gente; imagino que la llevaba hasta dentro de los furgones. En Francia, por lo regular, los viajeros de primera clase disfrutan de bastante desahogo, pues el francés, más taño que el español, suele contentarse con billete de segunda; pero de esta vez, primera segunda, tercera, y repito que hasta los vagones de mercancías, iban relleniéndose, mientras en cada estación algo importante nos agregaban coches y más coches. Nuestro tren se asemejaba á inmensa serpiente boa que poco á poco se desenroscase y creciese. "Fortuna —